

Claudia López

El Tiempo, Julio 30, 2007-07-30

¿A cambio de qué les prometió impunidad, Presidente?

Al fin el Presidente reconoció lo que era evidente, que les prometió a los paramilitares tratamiento de políticos y la impunidad que ese tratamiento conlleva. Y sigue en una cruzada personal por cumplirles; así tenga que enfrentarse a las Cortes, a sectores nacionales e internacionales, desconocer a las víctimas, cambiar la jurisprudencia y obstruir la justicia.

No es cierto que el único camino para asegurar beneficios legales y la reinserción a paramilitares que dejen las armas sea declararlos delincuentes políticos. Hay otras alternativas menos impunes, más consideradas con los derechos de las víctimas y con el derecho de todos los colombianos a que no se legalice un régimen mafioso. Pero el Presidente no considera esas opciones porque tiene que cumplir con la impunidad que ofreció, no con la reinserción que es posible.

Con el tratamiento de delincuentes políticos, los paramilitares aseguran que no serán extraditados ni juzgados por narcotráfico en Colombia, con lo cual podrán seguir narcotraficando a sus anchas y amasando fortunas y poder de corrupción, que es el arma que mejor funciona. Podrán, como hasta ahora, seguir haciendo política, con la ventaja de que ya no necesitarán testaferros sino que, si quieren, pueden ser candidatos y funcionarios directamente. Y, de paso, legalizarán toda la estructura política que eligieron en el Congreso, concejos, asambleas, gobernaciones, alcaldías y la Presidencia. En todas las elecciones de los últimos 10 años, los paramilitares tuvieron candidatos ganadores gracias al poder del dinero, las armas y la asociación con, o el desplazamiento de, quienes ostentaban el poder político y económico.

Desmontar el paramilitarismo y evitar que se repita supone desmontar esa estructura de poderes y asegurar que ningún representante del Estado volverá a patrocinar o a beneficiarse de grupos criminales con el amparo de que ayudan a atacar a la guerrilla. Si se dan beneficios legales y reinserción bajo la figura del concierto para delinquir, el Estado y la sociedad tienen mejores garantías de que ese fenómeno se desmonte y no se repita. Si se da impunidad bajo el tratamiento de delincuentes políticos, esa estructura no se desmonta, se legaliza.

La diferencia con la guerrilla no está en la crueldad de sus crímenes o en la nobleza de sus motivaciones, sino en el origen de su actuar criminal, la penetración del poder público y las alternativas para su reinserción. Los guerrilleros son unos bandidos al margen del Estado y contra él. Los paramilitares son hijos del poder, armados y entrenados, en la mayoría de los casos, por miembros de la fuerza pública, protegidos por los políticos que

representaban el Estado y financiados ilegalmente por poderes económicos que fungen como legales. Para sustituir la violencia y restablecer la democracia, a los guerrilleros hay que traerlos al ejercicio del poder político sin las armas. A los paramilitares hay que sacarlos del poder político que se tomaron ilegalmente con anuencia de representantes del Estado y que siguen ejerciendo como si fuera legal. La diferencia es que los paramilitares sí se tomaron el poder, mientras que la guerrilla apenas controla, cada vez más marginalmente, algunos territorios.

Para cumplir lo pactado, el Presidente y muchos otros defienden que tan político es atacar el Estado como defenderlo. De que la guerrilla ataca a los ciudadanos y al Estado no hay duda. Pero aceptar que la carrera criminal de los paramilitares es la defensa del Estado sí es retorcer hasta el fondo la mínima lógica. ¿Desde cuándo defender el Estado es masacrar y descuartizar colombianos, asesinar contrincantes políticos y sindicalistas, jueces e investigadores, desplazar a miles de familias, robarse la plata del erario público y la tierra de los campesinos, crear una estructura narcotraficante y mafiosa e imponer sus candidatos a la fuerza para tomarse el poder político? ¿Desde cuándo semejante carrera criminal es defender el Estado? ¿Acaso desde que se negoció, a cambio de las armas y el silencio, la impunidad que hoy tan vehementemente se defiende?

Claudia López